

Instituto de Investigaciones Gino Germani
VII Jornadas de Jóvenes Investigadores
6, 7 y 8 de noviembre de 2013

Nombre y Apellido: Osvaldo Beker; Facundo Vila; Victoria Wade; Emiliano Mansilla

Afiliación institucional: Facultad de Ciencias Sociales, UBA

Correo electrónico: obeker@hotmail.com

Eje problemático propuesto: 5

Título de la ponencia: “Escribir la Ciudad: Aproximación discursiva”

Escribir la Ciudad: Aproximación discursiva

Osvaldo Beker, Victoria Wade, Emiliano Mansilla, Facundo Vila

Es posible observar un eje común que pareciera atravesar, sino a todas, a una inmensa mayoría de crónicas: lo “marginal”. Pero ¿qué debe entenderse por “marginal”? Por un lado, aquello que, ya sea de manera voluntaria o involuntaria, permanece al margen de las normas establecidas y, por el otro, aquello que se sitúa al costado de algo, generalmente los espacios urbanos. En este sentido, el cronista elige como protagonista de su relato a seres que, por diversas razones, se encuentran marginados y, por eso mismo, silenciados por los discursos hegemónicos. Casi a la manera de un testimonio, el cronista apuesta a este grupo excluido e ignorado por la sociedad y les cede no solo la mirada, sino también como ya se ha dicho la voz. La estrategia de colocar “lo marginal en el centro”¹, es parte de una preferencia por dar cuenta de ciertas temáticas o núcleos usualmente considerados marginales por el poder y también por la crítica, una inclinación por aquello no anquilosado o “canonizado” por las lecturas académicas.

“Hay varios puestos sobre la vereda, donde varios comerciantes exponen arriba de una lona sus mercaderías. Una señora cincuentona se acerca a uno de ellos y le pregunta:

-¿Cuánto están las medias?

¹ Monsiváis (1987).

-3 pares por 5 pesos

-No, gracias.

-Pero vea, revise, es de buena calidad, no va encontrar una mejor por este precio...

Es un sinfín de cuestiones que no llego a entender por la velocidad en que habla el señor. Es increíble cómo una persona en su afán de vender puede meter hasta cincuenta palabras en dos segundos.”

“La actitud de los obreros fue muy notoria, se daba pelea ante el posible cierre de las fábricas, se empezó a defender el lugar de trabajo desde adentro, en la calle las asambleas hacían el aguante ante un posible desalojo.”

Al mismo tiempo el cronista se incumbe en la vida cotidiana de las mayorías y minorías que mantienen su rostro en el anonimato. Su interés por dar cuenta de lo ignorado, lo perentorio y lo aún no canonizado, tiene que ver con una concepción en torno a lo político que subyace a su escritura. Así, no se refieren a estas prácticas tratándola como a una contracultura minoritaria y marginal; tampoco como una tradición popular varada en el pasado, un mero objeto de la nostalgia, la veneración y el archivo algún museo; menos como a la cultura de masas, uniforme, pasiva y reproductora. En cambio, enfatizan la continuamente vigente creatividad, efímera y terca, de la cultura de todos los días entendida específicamente como práctica cotidiana de las mayorías anónimas; el espacio de libertad creado por las tácticas populares de micro-resistencia y apropiación, pero aún dentro de los abarcadores márgenes del orden dominante. Su preocupación es la de preservar la especificidad de los eventos y al mismo tiempo descubrir su sentido trascendente.

“Muchos luchan por poder descender de ese viaje asfixiante, pero no pueden porque los otros, los de abajo, se están metiendo como pueden”.

“Comienza a reconocerse en la cara de la gente... Se siente desolado. Ahogado. Se siente uno más. Una vaca más. Se siente pequeño.”

Así podemos sostener que las características formales de estos discursos *fuera de lugar* – va de suyo transgresores – son especialmente propicias para aprehender la fragmentación, heterogeneidad, velocidad y movilidad del mundo contemporáneo, pero también lo son para transferir al espacio textual sus profusos conflictos socioculturales.

Sin embargo, tal como lo ha dicho Walter Benjamin, “en lugar de preguntar: ¿Cuál es la actitud de una obra hacia las relaciones de producción de su tiempo?, preguntaría, ¿cuál es su posición

dentro de ellas?” Es decir, lo que define a estos productos discursivos no es la conciencia del autor de su actividad o de la sociedad, sino su estatus social”². Así, en la medida en que la Crónica Urbana va adquiriendo un carácter legítimo y comience con un proceso de “normalización”, es decir, que vaya quedando situado en el centro del espacio público y no ya en sus márgenes, se podría anticipar que el género vaya perdiendo su inmensa capacidad de transmitir los sentidos transgresores de la comunidad. Esta parece ser la paradoja y la razón de ser del proceso de institucionalización cultural (y de cualquier proceso de institucionalización por cierto): cuando un discurso alternativo adquiere la capacidad de abrir el espacio público, al ser incluido en él, disminuye la disidencia potencial de su marginalidad frente a las formas instituidas de la sociedad. Por eso es que toda lectura de los márgenes supone una asimilación de los mismos. Ahora, nos resta saber si este posicionamiento político, si su función como canal reivindicador de un discurso subalterno, su capacidad de reproducir la “voz de los vencidos”, sigue manteniendo su potencial de resistencia, contrahegemónico y transgresor o se ha convertido meramente en un *clisé* en el género. Las crónicas urbanas nos acercan los resabios de una ciudad en movimiento. El moverse y transitar invaden las crónicas de los alumnos y se presentan como una tarea rutinaria y dificultosa que trae aparejada la adrenalina que se produce en el desafío por no llegar tarde. El relato de la crónica es el relato de quien recorre la ciudad, la transita, viaja, va y viene, sorteando dificultades y tratando de ganarle al reloj.

“Los trabajadores van hacia sus empleos, en una suerte de carrera contra el tiempo y contra los diversos obstáculos que les presenta la ciudad. Embotellamientos, semáforos descompuestos, cruces de trenes, con sus barreras bajas, parecen no levantarse jamás...” Así, la crónica urbana nos trae una nueva forma de merodear por la gran ciudad. Contrariamente a la figura del *flâneur* que analiza Walter Benjamin, que merodea por las calles de la ciudad sin rumbo y sin un objetivo, en las crónicas urbanas no hay lugar para el deambular ocioso, el tiempo del ocio no está representado en las crónicas, sino que por el contrario sus narradores hacen coincidir el tiempo de sus relatos con el tiempo de la productividad laboral. Se presenta una nueva forma de moverse y “deambular” inscrita en la lógica del tiempo del trabajo y la rutina.

Esto puede ser entendido a partir de las reflexiones de Rossana Reguillo, quien afirma que la crónica se caracteriza por su capacidad de entender el movimiento, de desplazarse e

² Benjamin (1986).

incursionar en un relato nómada que renuncia a la inmovilidad de sus participantes. Para ella “Desplazarse es romper el monopolio de los regímenes de autoridad discursiva, de sus valores, de sus símbolos”.³

De esta manera nos adentramos en otra particularidad de las crónicas urbanas que es su capacidad contestataria y la función de poder que ellas ejercen. Las crónicas se caracterizan por sacar a la luz aquello que tradicionalmente permanece oculto en las narraciones tradicionales y hegemónicas. Rompen así con las narrativas legítimas y con los relatos dominantes que hallamos frecuentemente tanto en las producciones literarias como en el discurso periodístico que nos acercan los medios de comunicación. Tal como afirma Reguillo en su análisis “La crónica, sin resolver la cuestión del acceso a un lugar legítimo de enunciación, fisura el monopolio de la voz única para romper el silencio de personas, situaciones, espacios, normalmente condenados a la oscuridad del silencio”.⁴ De este modo, citando a dicha autora, “la crónica está ahí, en el cuarto, en la calle abandonada, en la voz que narra el desconsuelo, es incómoda, como incómodo testigo de aquello que no debiera verse, por doloroso o por ridículo, que a veces es lo mismo. Pero la crónica ve, observa, se sorprende a sí misma en el acto de ver, de comprender”.⁵

Esta capacidad de la crónica de romper con el discurso monopólico y dominante y de darle voz a quienes mayormente no la tienen, da cuenta de la función de poder de la misma. La crónica cuestiona, rompe con lo inconscientemente impuesto, polemiza, combate y mediante su relato, en forma indirecta, busca generar un impacto en la realidad social que relata.

Tal como lo ilustra Juan José Hoyos con “La historia del tambor” incluida en su trabajo titulado “El método salvaje”, el cronista ejerce mediante sus producciones una función de poder. Gracias a esta nueva forma de contar la ciudad en la que los acontecimientos instauran su propia lógica y narran la cotidianeidad desde lo tradicionalmente oculto, lo no visto y lo escuchado, los cronistas se introducen en una pugna constante en la que se da una lucha de poder no sólo en el campo periodístico/literario, ya que se ponen en disputa las concepciones de escritura y narrativa

³ Falbo, 2007.

⁴ Ídem

⁵ Ídem

ya consolidadas provenientes de estas dos ramas, sino también en el seno de la vida política y social. En el ejemplo de Hoyos la producción del cronista impacta en la sociedad y logra producir fisuras en el poder hegemónico que quedan a la vista en los propios acontecimientos sociales que se desencadenan a raíz de la crónica. Esto da cuenta de la importancia de la crónica como un elemento de lucha que excede lo estrictamente narrativo y cuyo poder se extiende a otros planos de la vida social. La crónica urbana busca hacer resonar los murmullos de una ciudad que se esconde, que permanece oculta y los saca a la luz, por este motivo es necesario reconocer en la crónica urbana un gesto revolucionario.

Del corpus de análisis pueden extraerse fragmentos de diferentes crónicas que responden a un mismo sentimiento generalizado por la ciudad.

- “Le desagrada la idea de sentarse junto a un desconocido, olerlo, respirar su aire respirado, y ni hablar de tocarlo.”
- “Piensa lo mismo que todos los días: pobre gente. Son como vacas yendo al matadero.”
- “Mira con superioridad y por encima del hombro a toda la gente que le pasa por los costados a diestra y siniestra. Los ve inferiores.”

En una segunda:

- “De esto me terminé de convencer hace pocos días, cuando la máquina me escupió cinco de vuelto y el sudor de otro pasajero me cubrió todo el brazo.”
- “¡Esto es increíble!, ¡Las vacas viajan mejor!”
- “Di un pequeño salto y mi pierna pegó flexionada contra el hombro de otra vieja que iba sentada justo en frente de mí. ¡Sos un asqueroso!, me dijo. Un perverso, mal educado, agregó.”
- “El sin fin de cuerpos oprimidos los unos contra los otros me miraba con repugnancia. No les hice caso. Un vaho hediondo, a axila sudada, me hizo virar la mirada y me perdí en la parafernalia de adornos que Beto había colgado a todos los lados de su trono.”

En una tercera:

- “encuentros tan desafortunados dentro del mismo colectivo”
- “Salían todos empujándose unos a otros sin importar el prójimo, solo sus propias vidas.”
- “En cada estación debe bajar para dejar pasar a los demás, y volver a subir, y mirar con cara de asco al chico que a las 7:35 de la mañana pone cumbia a todo volumen en su celular.”
- “Si pudiera, le gritaría: “¡Callate!”. Su voz de pito es insoportable.”
- “Y otras tantas personas detestables, (...)”
- “Otra vez entre empujones y asfixias, y sin moverse demasiado, procuró no respirar el sudor que había en el aire.”

En una cuarta:

- “La vieja las mira con desdén.”

En una quinta:

- “tren vomitando gente”

En una sexta:

- “Me da una monedita, don. No tengo nada, pibe. No entiendo por qué estás acá, me molestás.”

Asco, intolerancia, subestimación, desconsideración, insensibilidad. Por un lado, consecuencias de la pérdida del espíritu comunitario de vida que se arrastra y profundiza desde la entrada en la modernidad. Le Breton retorna a la civilización medieval –e incluso renacentista– para mostrar el cambio de cosmovisión: “Una antropología cósmica estructura los marcos sociales y culturales. El hombre no se distingue de la trama comunitaria y cósmica en la que está inserto, está amalgamado con la multitud de sus semejantes sin que su singularidad lo convierta en un individuo en el sentido moderno del término. Toma conciencia de su identidad y de su arraigo físico dentro de una estrecha red de correlaciones.”⁶ Además toma al carnaval como la fiesta popular medieval por excelencia (y por lo tanto como centro de la vida social, sobre todo

⁶ Le Breton, 2002.

en el siglo XV) en el que, más allá de las tensiones de toda vida social, celebraba “el hecho de existir, de vivir juntos, de ser diferentes, incluso desiguales”⁷.

Luego “el ‘individuo’, que alguna vez había significado el concepto de indivisible, un miembro de un grupo, fue desarrollado hasta convertirse en un término no sólo esperado, sino incluso contrario: ‘el individuo’ y la ‘sociedad’”⁸. Así, “con el sentimiento de ser un individuo, de ser él mismo, antes de ser miembro de una comunidad, el cuerpo se convierte en la frontera precisa que marca la diferencia entre un hombre y otro”⁹: el cuerpo como factor de individuación. Sennett denomina esto como “el triunfo del movimiento individualizado” y advierte la repercusión de este cambio de paradigma en la formación de las grandes ciudades del siglo XIX, donde se fue perdiendo “la conciencia física de los demás seres humanos”¹⁰, sentidos cada vez más como algo amenazante, y agrega que “durante el siglo XIX, el desarrollo urbano empleó las tecnologías del movimiento, de la salud pública y del confort privado, así como los movimientos del mercado, y la planificación de calles, parques y plazas, para oponerse a las reivindicaciones de las multitudes y privilegiar las pretensiones de los individuos”¹¹. En palabras de Foucault, “la multitud, masa compacta, lugar de intercambios múltiples, individualidades que se funden, efecto colectivo, se anula en beneficio de una colección de individualidades separadas.”¹²

Luego se postula como la otra causa posible de esas creencias compartidas por los autores de las crónicas del corpus, la influencia mediática que nos instruye en lo que es normal y lo que no, en lo que es “lindo” y “bueno” y lo que no¹³. Como advierte Martín-Barbero, los medios de comunicación “mediaron la experiencia de constitución de la ciudad”¹⁴ y ejemplifica con la radio

⁷ Le Breton, 2002.

⁸ Williams, 1980.

⁹ Le Breton, 2002.

¹⁰ Sennett, 1997.

¹¹ Sennett, 1997.

¹² Foucault, 1991.

¹³ “Consideramos bella una pintura en particular, decimos que un poema o un rostro son bellos porque ya conocemos qué es la belleza merced a lo que nos han enseñado o porque estamos familiarizados con ello y tenemos una opinión formada al respecto. Krishnamurti, 2011.

¹⁴ Barbero, 1996.

y la televisión como los dispositivos capaces “de establecer vínculos culturales comunes a la mayoría de la población”¹⁵. Pues así como a pesar de la “reconfiguración de la *sociabilidad* en tribus” se da una “homogeneización inevitable”¹⁶ de la vivienda, del vestido y de la comida (cfr. Barbero 1996), también hay una homogeneización en la significación, capaz de hacer funcionar determinadas construcciones discursivas e imaginarias en diferentes ámbitos sociales e incluso de manera automática.

Roland Barthes denominó “repertorio de imágenes” a lo que se activa cuando las personas se encuentran con extraños (cfr. Sennett 1997). “Al explorar una escena compleja o inusual, el individuo intenta situarla rápidamente de acuerdo con una serie de imágenes que pertenecen a categorías sencillas y generales, basadas en estereotipos sociales. Al encontrarse en la calle con un negro o un árabe, una persona blanca registra una amenaza y deja de mirar con interés. El juicio, observó Barthes, es instantáneo y el resultado sorprendente. Gracias al poder de clasificación del repertorio de imágenes, las personas bloquean todo estímulo ulterior. Enfrentadas con la diferencia, se vuelven pasivas rápidamente. (...) Después de esa mirada clasificadora inicial dirigida a otro, la gente camina o se sitúa de manera que se produzca el menor contacto físico posible.”¹⁷

Un camino es obvio. A partir de las condiciones reales de existencia dadas se generan representaciones y significaciones que conforman lo imaginario. Lo que percibimos y sentimos en la experiencia lo traducimos en palabras: conceptos, nombres y construcciones discursivas que se funden en lo que Castoriadis denomina como “magma de las significaciones imaginarias sociales”¹⁸, y allí se contraponen, se potencian, se suman o se ignoran con lo heredado. El lenguaje transforma todo en símbolos y de ellos quedamos presos por nuestra forma de vivir y de pensar; allí y desde allí vivimos. Pero, ¿qué ocurre en el camino inverso? Es decir, qué sucede cuando hacemos selecciones en el imaginario para construir discursos y luego decirlos o escribirlos. ¿Acaso puede algo tan excelso y omnipotente como el lenguaje no tener efecto más allá de lo simbólico? Si lo subestimamos y este camino de “vuelta” no rompe con el que va de lo

¹⁵ Barbero 1996.

¹⁶ Barbero, 1996.

¹⁷ Sennett, 1997.

¹⁸ Castoriadis, 2002.

real a lo imaginario, evidentemente lo que se obtendría es una perpetuación de aquello inicial y la consecuente confirmación del prejuicio y el preconceito. Sin embargo lo real no es lo determinante, porque luego puede haber una actitud, una intención, capaz de seleccionar otras palabras que escapen a la lógica inercial, que a su vez puedan cambiar el significado de las percepciones sobre las cosas. En otras palabras (,) encontraremos lo que habremos dicho. Por lo tanto un desafío es desmenuzar lo que hoy se está hablando y escribiendo en múltiples soportes para modificarlo y empezar a cambiar nuestras creencias y consideraciones. Pues una concepción, en la fuerza de su significación, puede siempre, a cada instante, alterar el rumbo de la historia; porque lo que creamos, eso será.

Bibliografía

LE BRETON, D.; “En las fuentes de una representación moderna del cuerpo: el hombre anatomizado” en *Antropología del cuerpo y modernidad*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2002

WILLIAMS R.; “Cultura” en *Marxismo y literatura*, Ediciones Península, Barcelona, 1980

SENNETT, R.; “Cuerpos cívicos” en *Carne y piedra*, Alianza Editorial, Madrid, 1997

SENNETT, R.; “El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental” en *Carne y piedra*, Alianza Editorial, Madrid, 1997

FOUCAULT, M.; “El panoptismo” en *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1991

MARTÍN-BARBERO, J.; “De la ciudad mediada a la ciudad virtual”, <http://www.comminit.com>, 1996

CASTORIADIS, C.; “Lo imaginario: la creación en el dominio historicosocial” en *Los dominios del hombre*, Gedisa, Buenos Aires, 2002

KRISHNAMURTI, J.; *El arte de vivir*, Kairós, Barcelona, 2011